

*Julia, Carla y una caseta de campaña*

La idea de acampar en mi jardín fue de Carla. Rocío decía que era de crías («Julia, por favor, dime que tú tampoco quieres»), pero a mí también me apetecía. En unas semanas empezábamos la universidad y, aunque no nos marchábamos a estudiar fuera, las tres éramos conscientes de que nuestra vida iba a cambiar, quizá también nuestra relación. Comenzaba una nueva etapa y la acampada parecía una buena manera de despedirnos de la vieja.

Habíamos conseguido meter un colchón grande en la caseta de campaña y Carla insistía en que eso era trampa, que el plan original era dormir sobre una esterilla, cada una metida en su saco, pero Rocío y yo votamos colchón y mantas, dos contra una, y ganamos.

En realidad, me daba igual; a mí lo que me interesaba era dormir con Carla.

—La muy capulla se ha llevado toda la manta —se quejó entre risas que tratábamos de controlar, mientras tiraba de la manta que Rocío tenía atrapada bajo su cuerpo.

Nuestra amiga hacía rato que dormía, pero Carla parecía tan despejada como yo. Me las había arreglado para quedarme en medio de ambas, de manera que Carla estaba tumbada a mi lado y a veces, depende de

nuestros movimientos, nos rozábamos. Eran toques casuales, seguramente imperceptibles o sin importancia para ella, pero a mí, cada vez, me aceleraban el corazón. ¿Oiría mis latidos?

—Y ronca como un oso, con lo pequeñita que es... —bromeé, y las dos nos escondimos contra la otra para no molestar a Rocío.

La risa de Carla era fuerte, ronca y contagiosa, y hacía que me sintiese la persona más graciosa del mundo, aunque mis comentarios no fueran tan divertidos como a mí me gustaría.

Me acomodé, traté de robar algo de manta para que llegase a ella y sonreí, mientras la risa todavía me burbujeaba en la tripa junto a los nervios que me generaba su cercanía.

Entonces lo noté. Su mano rozando la mía. Tenía el brazo extendido entre nuestros cuerpos y, de alguna manera, mi postura había chocado con alguno de sus movimientos. No me moví, esperé a que ella corrigiese su posición, y aguanté la respiración.

El aire dentro de la caseta era denso y empezaba a hacer calor, pero sospechaba que no se debía tanto a las mantas y el espacio reducido como al cuerpo de Carla junto al mío.

Lo volví a notar. Un roce tan leve que, de no haber estado atenta, quizá me hubiese pasado desapercibido. Pegué un pequeño respingo y sentí la gutural risa de Carla cerca de mí. Su dedo meñique acariciaba el mío, pero

yo estaba paralizada porque el gesto no era fortuito, no era un toque accidental.

Ni siquiera me atrevía a mirarla, porque, si la miraba, la situación se haría real y puede que, al volver a esa realidad, Carla ya no me acariciase la mano. Por eso, observaba el techo azul de plástico con un interés inusitado. Me parecía interesantísimo. Yo no la miraba, pero ella a mí sí; notaba su mirada como un cosquilleo constante.

Otro toque más, pequeño, mi meñique atrapado bajo el suyo.

Teníamos diecisiete años y ambas nos habíamos enrollado con varios chicos, yo incluso había salido durante más de seis meses con Iván. Pero esto... esto se sentía distinto. Mejor. Era un solo roce pero me sentía flotar. En cualquier momento me elevaría por encima de mis amigas y me daría de bruces contra el techo de la caseta.

Cogí aire. Uno, dos, tres, inspira. Uno, dos tres, espira. Y la miré.

Conocía bien esa sonrisa, la que dibujaba cuando estaba nerviosa: la parte izquierda se elevaba un poquito más que la derecha y sus pequeños dientes de conejo asomaban entre los labios. A veces, Carla se tapaba la boca con la mano. Ahora no, ahora solo me observaba, esperaba.

Así que moví el dedo y acaricié el suyo, y la intensidad me cegó. Eran fuegos artificiales, confeti caído del cielo, una bandada de pájaros volando

rápido. Noté su palma sudorosa contra mi palma sudorosa y entrelazamos los dedos, nos reímos, el cosquilleo no cesaba.

Cuando conseguimos dormirnos un buen rato después, seguíamos agarradas.